



PREGÓN año 2002

Javier Ruiz Yagüe

Queridos amigos de Labros: Hoy día dieciséis de Agosto del año dos mil dos, año capicúa, año afortunado, nos encontramos aquí reunidos para la celebración de las fiestas de nuestro pueblo; lugar en el que me incluyo y en el que se añadirían muchas otras personas que, aunque no son nacidas en estas tierras, consideran a Labros como su pueblo.

Para los que no se acuerdan muy bien o los que no me conocen, soy Javier Ruiz Yagüe, hijo de Emilia y de Antonio, nieto de Valentín y de Petra por parte materna y por línea paterna descendiente de un linaje tan rayano como gallardo de Fuentelsaz.

Con mi pregón quiero ante todo rendir homenaje a mi generación.

Nacimos en las capitales, lejos de nuestras raíces y fuimos criados en un ambiente urbano que nos ofrecía muchos servicios y comodidades, pero cada verano, cuando nuestros padres y abuelos volvían a sus orígenes, nos llevaban con ellos y nos enseñaban lo que es Labros: un lugar en el que la libertad se multiplicaba por diez.

Correteábamos por las eras, íbamos de merienda a la Cabeza del Cid, de excursión al tejar, a ver la Pisá del Moro... Conocíamos a muchos amigos, jugábamos por las noches y si teníamos suerte el Pepito nos montaba el cine. Pasamos una niñez magnífica en la que aprendimos a valorar este lugar y a sus gentes, A considerar a Labros como nuestro pueblo.

Somos la generación nacida después de la gran emigración labreña hacia las ciudades. Como los destinos fueron diversos nacimos en varias ciudades: Barcelona, Zaragoza, Madrid, Valencia Bilbao etc. Y cuando nos juntábamos aquí, compartíamos nuestras experiencias de origen distinto que nos hacían ver lo diferentes e iguales que éramos, Y así aprendimos valores de convivencia y amistad.

Esta amistad que nos sigue uniendo era intensa pero difícil, ya que al final del verano nos separábamos, cosa que nos dolía enormemente. ¿Quién de los de mi generación no recuerda, por la luneta trasera del coche, la visión del pueblo desapareciendo en la cueva del cementerio? Un momento muy triste: no hacía dos minutos que te habías despedido de Labros y ya tenías ganas de volver porque sabías que tenía un largo año escolar para volver a disfrutar con los amigos de Labros.

Luego vino la adolescencia, época en la que compartimos aventuras, amoríos y muchas otras vivencias que nos iban moldeando como personas; fueron unos años muy movidos en los que nuestra estancia en Labros no era tan prolongada como en la niñez, pero en ese mes o quince días, no dábamos lugar al descanso, pues ampliando nuestras fronteras íbamos de pueblo en pueblo. En estas idas y venidas se produjeron incontables anécdotas, imposibles de recontar, aunque si diré alguna que se quedó grabada por lo cómico o singular de las mismas, las pequeñas odiseas en bicicleta a pueblos lejanos como Pardos, una odisea donde casi somos desheredados, los campamentos en la Corredera y en el Tejar, donde ante el fuego compartíamos bebiendo y comiendo. Jornadas inolvidables. En ese ambiente de comunión se nos fue permitiendo la entrada en la peña, un lugar las diferentes agrupaciones de jóvenes cualesquiera que fuese la edad se reunía para charlar y realizar todo tipo de actividades lúdicas. Esa sala que vista fríamente se asemejaba más a una cueva que a una estancia confortable, se llenaba de vida con nuestras risas y poco a poco nos sentimos en ella como en casa, o incluso mejor, pues los padres consentían nuestra privacidad y eran pocos los que se atrevían a penetrar en aquella gruta ¿tal vez por su oscuridad? No lo creo. Allí compartíamos casi sin darnos cuenta toda nuestra juventud.

Disfrutábamos de las fiestas del pueblo año tras año y poco a poco fuimos colaborando cada vez más en ellas, formando parte activa del pueblo y de esos mozos y mozas salieron hombres y mujeres en os que late el espíritu labreño que nos impulsa a conservar toda esta riqueza inmaterial y nos hace hoy día ser conscientes de los graves problemas que pretenden asolar nuestro pueblo, de los vándalos que cometieron barbaridades en la Iglesia hundida robando la columna y el capitel de su arco románico de siglo doce. Tal vez esta desgracia no sea un hecho aislado, sino una acción premeditada para que los labreños, con la desaparición de uno de nuestros estandartes del patrimonio artístico perdamos parte de nuestra identidad y nos sometamos a las intenciones perniciosas que unos empresarios, ajenos a nuestra causa, pretenden realizar con la construcción del

parque eólico. Este tema de rabiosa actualidad y conocido por todos es el de la construcción en el monte labreño de un parque eólico muy bien cualificado por nuestro periódico como “parque diabólico”.

Consiste en la implantación de 44 aerogeneradores, molinos de 55 metros de altura con unos rotores de 60 metros de diámetro, por parte de la empresa Iberdrola Energías Renovables. Es un proyecto de una magnitud considerable en el que se realizaría una gran inversión por parte de dicha empresa, produciría energía eólica que sería transformada en electricidad, un elemento básico de nuestra vida cotidiana.

Mirándolo desde lejos parece una eficaz y limpia de generar energía. Pero a quienes no tocara convivir con estos gigantes de hierro y hormigón no podemos quedar callados ya que nos ocasionaría un daño irreversible en nuestro entorno natural. Perderíamos parte del bosque milenario de sabina albar, declarada como especie protegida y de interés especial; estaríamos cercados por líneas aéreas de alta tensión; nuestro paisaje, por el que no parece discurrir el tiempo, sería destrozado con esas torres de hierro que nada tienen que ver con nuestro entorno; nuestras calles, carreteras y caminos serían pisoteadas por la maquinaria pesada; el giro de semejantes molinos produciría un zumbido permanente que acabará con la paz y el silencio de este lugar que tanto valoramos; se perturbarían las vías migratorias de aves y otras causas que me dejo a buen seguro sin enumerar.

Este daño como define el estudio de impacto ambiental realizado por la propia empresa constructora, sería “negativo, directo, permanente, irreversible e irrecuperable”, razón de más por lo que no podemos permanecer impasibles.

Ya se han presentado distintas alegaciones de los propietarios y se han recogido miles de firmas en contra de la construcción de ese proyecto y desde aquí quiero alentar a todos los presentes para que este espíritu de lucha no decaiga y con ello consigamos nuestros objetivos, salvaguardando la autenticidad de nuestro pueblo.

No quisiera despedirme sin dar las gracias a todas las personas colaboradoras en todas las actividades realizadas, especialmente a los realizadores de nuestro periódico LABROS.

Y sin más que decir, cierro el presente pregón con un sonoro:

¡¡VIVA LABROS!!